

Pero inquietudes e interrogantes de toda índole habían iniciado su recorrido, y no podía controlarlas. De ahí en más, se profundizarían en mi interior.

En una semana sería el aniversario de la muerte de mi padre, muerte súbita en noche de luna llena. Mi padre era un soñador, trabajaba poco -para qué más- decía. Prefería investigar lo que le despertaba curiosidad, como los astros.

Esta noche hay otra conjunción Venus Saturno. Ya estoy jubilado. Hago cortometrajes de ciencia ficción que miro junto a hijos y nietos. En mi escritorio hay un ejemplar del Quijote, una Biblia, la foto de mi padre y un oso de peluche.

Primera Mención en Narrativa.

Soulmates

Natalia Aurrecochea Duval

Para mejor la que insistió fui yo, viste, la primer señal de un no fue el llamado por teléfono, antes de decir cualquier cosa ya nos estaban ahuyentando, vaya uno a saber por qué. La reacción, después de haber fantaseado tanto, fue de putearlos un poco, después de todo, ponen un aviso en el diario y cuando aparece un posible inquilino, le salen con pavadas.

Pero igual yo tenía que ponerme caprichosa, eso de estar a dos cuadras del trabajo, de un trabajo en una ciudad en la que uno no creció, era tan seductor. Sí, ya sé que te vas a reír, imaginate un apartamento seductor, un Robert Redford de las construcciones. Qué le vas a hacer, el laburo me está poniendo cursi. Date cuenta que estar todo el día leyendo cosas en inglés es asunto serio, uno tiene que acomodar la mente y dejarse llevar, que si no, se pierde un tiempo de oro con el diccionario, y ahora que recién voy a empezar allí, tengo que dar buena impresión, la verdad que no me gustaría tener que quedarme en el pueblo. Pero por más ganas que tenga de estar lejos de ese maldito lugar, igual es difícil, vos sabés que es difícil. Por eso había quedado tan encantada con ese edificio, ¿entendés? estar cerca de la oficina era suprimir ese miedo a andar por calles de nombres desconocidos, ese miedo a no saber donde está el norte y ver el maldito sol malditamente justo encima de la cabeza de uno sin saber para dónde queda el norte; el miedo de subirse a un ómnibus que te lleve a un sitio alejado, a algún barrio hostil, a calles pobladas sólo por barracas abandonadas y basureros. (Sí, ya sé lo que estás pensando. Tres maldiciones en un párrafo.)

Uno lee tantas cosas sobre unirse al universo y fluir en él y controlar la energía y todo eso, que cuando se

encuentra con estas cosas no sabe en qué creer, viste. Yo qué sé, a ver si te puedo explicar: a veces parece que actuamos en total libertad, a veces parece que el destino está escrito, a veces parece que todo es azar. Tomás decisiones con o sin seguridad, pero las tomás, y esas decisiones tienen consecuencias, pero te ponés a pensar en los por qué de tus decisiones, y entonces no podés evitar pensar que algo más tiene que haber, que alguien o quién sabe qué cosa tiene que estar poniéndote en el camino alguna que otra yerba extraña que te condicione las ideas; entonces cuando ya te estás por convertir al determinismo, la palabra azar surge como mejor aliada de tu libertad de acción pero te llena de tanta resignación, y no, no sólo resignación, no. También te llena de desencanto. Ajá, y ahora pienso en Kant y algo que decía sobre la intención de la naturaleza, y no sé, tendría que ponerme a explicarte y la verdad que ahora no tengo ganas. Ya sé que te estarás preguntando quién carajo es o fue Kant, vas a revolver en tus recuerdos del liceo a ver si encontrás algo, pero como se trata de mí vas a deducir que debe ser algún alemán que se murió hace tiempo. Sería tan fantástico poder creerle eso de que todo tiene un sentido. Pero el tiempo y la ciudad me han vuelto incrédula, vos ya lo sabés.

(Yo no podía evitar pensar en el apartamento y en el fondo pensar en vos, pensar en algo tan perfecto y al mismo tiempo tan trampa mortal, pensar en algo que parece las tres cosas al mismo tiempo: libertad, destino y azar.)

Insistí por las dudas, insistí por los dibujitos en el plano, por los cuadraditos color melón, tan cerca entre sí. Eso de irse a vivir a un lugar prácticamente extraño

no es una tontería, y menos cuando uno vive despedido y camina mirándose los zapatos, como buscando algo. Buscar. Toda la vida buscar. Y encontrar y después seguir buscando. Buscar lo que a uno le falta. Capaz ahí está el problema, siempre la búsqueda del complemento, siempre la necesidad de encontrar ese algo que nos llene. A veces me pregunto si eso es natural o es culpa de esta crianza de buenos y malos. No sé, creo que ya te he hablado de esto otras veces. Viste que parece que uno siempre está buscando una cosa, aunque no sepa qué mierda es, siempre es una cosa. Nunca es un rompecabezas en tres dimensiones, nunca es un prisma infinito, siempre es el par, el otro pedazo de la llave, el pie de la Cenicienta de la que el príncipe no se acuerda la cara. (Ah, sí, porque por más máscaras que usemos, nuestras patitas siempre se apoyan igual en el suelo).

Estoy triste, para qué te voy a mentir a vos.

No, no es por el apartamento, no, para nada. No, no es tampoco por vos. Es por el hecho de haber insistido, de haberme encaminado voluntariamente hacia ese descubrimiento macabro. Es por el hecho de estar siempre sacudiéndome las seguridades, siempre eliminando el desconocimiento que producen. No sé si voy a comprobar que esa gente se come a sus inquilinos. Ah, pero yo quise ir hasta ahí y si no hubiera querido ir, me habría ahorrado las meditaciones sobre el canibalismo o la paranoia.

También es –que estoy triste– por lo que me dijiste la otra vez, viste, eso de que capaz en otra vida nos encontremos de nuevo y todo sea distinto. Pero no vamos a ser nosotros, te contesté, como tratándote de hacerte entender que nunca más nuestros átomos de carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno se van a combinar en esto que somos ahora. El factor común: lo que no es y no será. Vos y yo, yo y el apartamento. Para mejor, a vos no puedo observarte como a un edificio lleno de antropófagos, no puedo salir corriendo de vos; no puedo acusarte de ser un aviso clasificado de escasa información.

A vos no puedo observarte como a un edificio lleno de antropófagos... No puedo convertirte en un chiste o una anécdota, no puedo dejarte pasar sin dejar pasar una parte de eso que busco.

La idea de que los dueños del edificio se comen a los inquilinos, no fue mía, te aclaro. No. No sé en qué momento fue, pero se le ocurrió a Juan y la verdad que festejé su ingenio, porque además lo dijo antes de que entráramos a ver el apartamento, antes de haber visto a la vieja que nos abrió la puerta, antes de haber caminado por el enorme hall totalmente vacío y muerto.

Vos date cuenta de que habíamos estado de mañana en la puerta del edificio y por separado nos habíamos percatado de que el mismo apellido se repetía en las placas de los timbres de casi todos los apartamentos. Extraño, pero explicable. Después estuvimos llamando una y otra vez a la inmobiliaria, y nada, nadie atendía el teléfono. Cualquiera diría que ya era suficiente como para desistir, pero no.

Incluso después que habíamos visto un lugar casi perfecto para nosotros, no me pude resistir e insistí con volver a llamar a la inmobiliaria para pedir la llave y verlo por dentro. Esta vez atendieron, pero el tipo del otro lado no nos escuchaba, claro, imaginate que estábamos en un teléfono público en alguna plaza del centro, y esos teléfonos nunca andan del todo bien. Era como si el universo se confabulara para que nos olvidáramos de ese apartamento. Así y todo llamamos de nuevo y nos dejaron dicho que pidiéramos la llave en el veintisiete.

Viste qué situaciones más absurdas, pero al final todo es lo mismo, siempre persiguiendo la llave de algo. Los otros días me puse a pensar, viste que en inglés se usa la misma palabra para llave y para clave. En todo caso siempre es algo que te conduce a algo más, sin la llave no se llega a nada. Pero capaz que lo de necesitar llaves para llegar a algún lado, es otro invento occidental, es otra de esas estupideces que nos inculcan desde niño. Otra estupidez como la diferencia entre el bien y el mal, la vitalicia necesidad de tomar leche, la existencia de un único amor, yo què sè.

No somos del tipo de gente que sigue molestando cuando no nos contestan a los primeros dos timbrazos. (Si sabrás vos eso, cuantas veces has salido corriendo del baño todo mojado para atender el teléfono justo cuando yo estaba cortando). Pero capaz por mi anterior capricho, aquel tocó y tocó timbre hasta que una voz salió de las rendijas del portero eléctrico y nos preguntó qué queríamos, para después indicarnos que la

tan preciada llave estaba en el apartamento dos. Misma situación con el dos, timbrazos y más timbrazos hasta que una muchacha vino corriendo y nos abrió la puerta, indicándonos que esperaríamos allí a su madre.

Vacío, oscuro, sin siquiera una planta. No vamos a detenernos en los detalles del hall de entrada, vos sabés que no es lo mío escribir guiones de cine zeta. De la puerta del fondo apareció entonces la mujer que traía las llaves, ¿te das cuenta? Era rara, gorda, caminaba tambaleándose y miraba abriendo más un ojo que el otro. Pero no era su aspecto el que me inquietaba. ¿Sabés qué era lo que me quemaba la cabeza? Que llevara las llaves con tanta naturalidad. Habíamos caminado horas al rayo del sol en medio de un calor sofocante, buscando esas benditas llaves que nos iban a sacar de la duda. Eso. Uno se arrastra por la vida buscando una respuesta, y después encuentra a alguien que la tiene escrita en la palma de su mano, pero que nunca se planteó la pregunta. Capaz esa fue mi pequeña venganza hacia vos, vos con tantas respuestas y yo hablándote de las preguntas.

Seguimos a la mujer al ascensor, subimos un piso y con horror descubrimos la reja. No, no una reja como las que se ponen en los jardines, no. Una reja como de calabozo, igual a las puertas de las cárceles de las películas yanquis. Como si fuera poco el hecho de que los apartamentos para alquilar estaban de este lado de la reja y los ocupados por los apellidos repetidos estaban del otro lado, del medio de la porquería esa colgaba un adorno navideño horrible, seco. Los dos tratamos de evitar mirar directamente hacia esa dirección, creo que la mujer se dio cuenta.

Antes de abrir la puerta nos advirtió que ninguna de las ventanas daba a la calle. Otra vez lo mismo, ahuyentándonos. Era cierto. Las ventanas daban a otras ventanas o a azoteas de vecinos. El piso de madera se hundía con nuestros pasos, el sarro y el óxido se acumulaban en la cocina y el baño.

Hicimos lo correcto: dar las gracias, pedir disculpas por la molestia y dirigirnos rápidamente a la puerta de la calle (para mejor tuvimos que esperar a la mujer, que era la que tenía la llave, y la mujer caminaba despacio) salimos casi corriendo, nos reímos un montón, nos besamos y nos reímos y yo dije tenías razón, se comen a

los inquilinos, y nos volvimos a reír y nos volvimos a besar.

Ah, pero yo sabía que al final iba a tener que escribir sobre ese edificio y sobre esa vieja, y bueno, qué mejor que contarte esto a vos, a vos que vas a entender por qué me inquieta todo este asunto. Yo sé que vos no te vas a reír como nosotros con la historia, yo sé que sólo vas a esbozar una sonrisa y no le vas a dar importancia y yo me voy a desesperar por contarte cada detalle para que entiendas y te rías. Después vamos a dejar de reírnos porque sabemos que pronto vamos a dejar de vernos. Es como dejar atrás un pedazo de uno mismo, es como reivindicar el estúpido romanticismo que nos hace creer en la existencia de ese ser ideal inalcanzable. No, ni vos ni yo somos seres ideales para nada. Capaz somos almas gemelas, pero en inglés. Sí, en inglés se dice soulmates, algo más así como compañeros de alma. Pedazos de un mismo vidrio roto a martillazos.

No sé, capaz algún día se te ocurre comprobar por vos mismo que el edificio está lleno de antropófagos. Para vos va a ser más fácil, vos no andás buscando llaves.

Bueno, sabés que al final tuvimos que tomar una decisión, viste, con esto del apartamento. Hace tiempo que no te escribo, en parte por vergüenza, al final terminamos acá. Por las dudas cambiamos las cerraduras, y cada tanto nos turnamos para observar las rejas.

Me he entrenado lo suficiente como para detectar cualquier sonido fuera de lugar. A veces paso los minutos con la oreja en la puerta empuñando cualquier cosa que sirva de arma. (Pero es que tenía tanto miedo de perderme en las calles, vos entendés, decime que entendés). Juan casi no se levanta de la cama. Ya casi no hace guardia para cuidar la puerta. Simplemente me mira y no dice nada. Todo es tan diferente ahora. Fue a él que se le ocurrió. Digo, aquello de que acá se comían a los inquilinos. Busco a mi alrededor algo con qué defenderme. Alguien golpea la puerta. Juan se levanta, todavía me mira. Yo cierro los ojos, y ya no tengo miedo aunque no tenga a nadie a quien encomendarle mi alma y logro gritar pero es Juan el que abre la puerta.